

Fray Lucas de Mendoza: Un paraguayo en Lima en el siglo XVII

Por Aurelio Miró Quesada S.

Me pregunta Roberto Quevedo, ex-Presidente de la Academia Paraguaya de la Historia, sobre Fray Lucas de Mendoza, a quien menciono fugazmente en mi estudio "Lope de Vega y el Perú". La respuesta es, sin duda, la que él implícitamente suponía. Como lazo de unión de dos países es necesario recordar al ilustre agustino paraguayo cuya obra y cuya vida, en la primera mitad del siglo XVII, estuvieron estrechamente vinculadas a las dos ciudades más importantes del Virreinato del Perú: Lima por treinta años y por un tiempo el Cuzco.

Fray Lucas de Mendoza, en los últimos tiempos, se ha mantenido en una sombra injusta. Sólo José Toribio Medina trazó de él una breve biografía en sus *Noticias bio-bibliográficas de los escritores americanos celebrados en el "Laurel de Apolo" de Lope de Vega* (Boletín de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española, t. III, cuaderno X, Santiago de Chile, 1923. pps. 143-146). Sus datos fueron tomados puntualmente de la *Crónica del Orden de los Ermitaños de San Agustín*, del Padre Bernardo de Torres (Lima, 1657), aunque por un doble lapsus se da como autor erróneamente al franciscano fray Diego de Córdoba Salinas.

De Asunción a Lima

Según esa información, fray Lucas de Mendoza nació en Asunción del Paraguay en 1584. Fueron sus padres Antonio González Dorrego, portugués y Catalina de Mendoza Manrique, de "calificada sangre", paraguaya. A los 15 años sus padres lo enviaron a Lima, centro del Virreinato, a casa de su tío materno Francisco de Mendoza. La primera impresión descontentó: era un mozo de talle y color "desapacibles" (más adelante se dice que el color era "adusto" y la estatura "desmedida"), de lengua inculta y acciones "desairadas". Un poco para librarse de él, su tío lo derivó a la iglesia, como era frecuente entonces, y así el mismo año

de su llegada a Lima vistió el hábito agustino y profesó el año siguiente, de 1600.

Su primera inclinación fue a las letras. En el convento tuvo como maestro a fray Francisco de la Serna, Obispo de Popayán, que era Lector de Artes. Desde el primer momento su habilidad se descubrió y su prestigio creció entre los conventuales. "La dulzura de sus versos, la elegancia de su estilo, la afluencia de su latinidad", lo llevaron pronto a que el Padre Maestro Pacheco lo escogiera como Lector de Artes, entre los fundadores de un nuevo centro de estudios agustino. Era el Colegio de San Ildefonso, fundado por Bula de Paulo V en 1608, con categoría de Universidad Pontificia sólo para los religiosos de su Orden.

Las exequias de la Reina Margarita

Pero su prestigio salió fuera del claustro. En 1612 llegó a Lima la triste noticia de la muerte de la Reina Margarita, joven esposa de Felipe III. El Virrey Marqués de Montesclaros, que había acudido años antes a los festejos de la boda, en el lucido séquito de su pariente el Duque del Infantado, lo que le abrió las puertas de la Corte y los elevados cargos que después alcanzó, de Asistente de Sevilla, Virrey de Nueva España y Virrey del Perú, se sintió obligado sentimentalmente a organizar los pomposos actos fúnebres. En el mes de noviembre se celebraron las honras en la Catedral, ante un gran túmulo trazado por el arquitecto y escultor Juan Martínez de Arzona y entre cortinajes negros, lámparas de plata y nubes de incienso. El 23 de noviembre en la tarde se efectuó la ceremonia principal, con asistencia del Virrey y su esposa; y mientras el órgano hacía resonar la música compuesta en la ocasión por el Organista Mayor Eustacio de la Serna Esturifaga, el gentío que no alcanzó a ingresar al templo la acompañaba con sus rezos en la Plaza Mayor.

Tan solemne ceremonia tenía que ser recogida en un volumen. El Presentado Martín de León, igualmente agustino, fue el encargado de relatar los actos fúnebres, de recoger las tarjetas de duelo, las canciones, los epigramas latinos que se dedicaron a la Reina, tan prontamente desaparecida. El libro se publicó a comienzos de 1613 bajo el nombre de Pedro de Merchán Calderón, el joven oficial del alborotado Francisco del Canto, que se encontraba una vez más preso por deudas y que había adquirido las prensas del primer impresor limeño, el italiano Antonio Ricardo.

El título largo y explicativo fue: *Relación de las exequias que el exm^o Sr. D. Juan de Mendoça y Luna Marques de Montesclaros, Virrei del Piru hizo en la muerte de la Reina Nuestra S. Doña Mar-*

garita... Año de MDCXIII; y como prueba del apoyo oficial, en él se incluyó un soneto anónimo, que he podido identificar como del propio Virrey:

Toma la capa, codicioso toro...

La canción de Fray Lucas

En las páginas preliminares se incluyeron varios poemas laudatorios dirigidos al Presentado o al Virrey. Allí figuraron un soneto y unas décimas del celebrado Bernardino de Montoya, una canción real y un soneto del ilustre autor del *Arauco domado* Pedro de Oña, sonetos del Almirante Pedro de Horozco, del Doctor Cristóbal de Ribadeneyra, de fray Lucas de Acosta, fray Juan de Zárate y fray Diego Fernández de Córdoba y una canción real de fray Lucas de Mendoza. El joven religioso, que entonces sólo tenía 28 años, elogia al Presentado, que es de su mismo "sancto gremio" (agustino), que puede sentirse satisfecho de su "cosecha ilustre" (la recopilación de las exequias) y que da "fama al Pirú y a España lustre".

Por ser el único poema hasta hoy conocido del paraguayó Lucas de Mendoza, vale la pena reproducirlo íntegramente:

Canción lyrica

Si de una clara fuente
ofrecida en sazón el agua pudo
contra el silencio mudo
lenguas dar a la fama eternamente,
lágrimas valen tanto
quanto dar questa mas que el agua, el llanto.

No es de rústica mano
christol cogido sobre arenas de oro,
sino mayor thesoro
en vaso de tu ingenio soberano,
en cuyo centro cae
de Australes fuentes el licor suaue.

Y aunque con la infinita
copia de los licores de Hipocrene
la parte mayor tiene
la que los ojos dan por Margarita,
tu das a manos llenas
lo amargo y dulce de fecundas venas.

La poderosa España,
demás de lo que das, agradecida,
quedara persuadida

que no es de un Reyno la menor hazaña
 el imitarla quando
 su pérdida tambien esta llorando.

Por ti vera seguras
 prendas de amor y fe, en remota tierra,
 y que el oro que encierra
 tiene toda la ley de entrañas puras,
 pues oy al mundo espanta
 al toque del dolor fineza tanta.

Desta cosecha ilustre
 donde es tuyo el mas puro y mejor grano,
 quedar puedes ufano
 pues das fama al Piru, y a España lustre
 con ojas y papeles
 que siruen a dos Reynos de laureles.

Pero si religiosa
 modestia, y ser los dos de un sancto gremio,
 no admiten mayor premio
 que gozar nuestra suerte venturosa,
 del valor, que en ti hallo,
 lo menos digo, y como parte callo.

Estudios teológicos

Poco a poco se fue alejando de las musas y profundizando los estudios teológicos. Ya en la *Relación de las exequias* aparece, no como Lector de Artes, sino como Lector de Teología. En su *Crónica agustiniana* fray Bernardo de Torres lo alaba en los dos campos. "En la poesía castellana —escribe en el Libro I, cap. XLIII— fue (como de Virgilio dixo Cicerón) *spes altera Romae*. En la Teología escolástica sutil, en la predicación eficaz, en la Sagrada Escritura profundo y (como del gran Gerónimo dixo un Pontífice) fue como un árbitro del sentido de la divina escritura".

Durante un tiempo lo envió su Orden como Regente de estudios del Colegio del Cuzco y fue luego Rector, Prior y Vicario Provincial, Maestro y Visitador de la Provincia. El célebre Padre Antonio de la Calancha, nacido como él en 1584, iba a citarlo en su *Corónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú* (tomo I, Barcelona 1638, Libro II, cap. XXXVI) como uno de los Piores que engrandecieron en el espíritu y en la fábrica el convento del Cuzco. Llama sin embargo la atención que no lo mencione Diego de Esquivel y Navia en sus minuciosas *Noticias chronologicas de la gran ciudad del Cuzco*; tal vez porque su labor estuvo restringida al ámbito conventual y religioso.

Vuelto a Lima, desde 1626 continuó viviendo en el Colegio de San Ildefonso. En 1629 vacó en la Universidad limeña de San Marcos la cátedra de Escritura, por muerte del agustino Diego Pérez de Lastra. Fray Lucas de Mendoza se presentó para obtenerla, en dura lucha contra otro postulante: Bartolomé de Benavides, canónigo de la Catedral. El 7 y el 10 de enero de 1630 acudieron uno y otro a picar puntos, como era lo requerido para sustentar una lección; y el 29 de enero, a las 10 de la noche, pasadas las pruebas y después de larga discusión, fue elegido el Padre Lucas de Mendoza, quien tomó posesión al día siguiente. En el *Discurso histórico-cronológico de la Universidad Real y Pontificia de San Marcos*, de Luis Antonio Eguiguren (tomo III, Lima 1951), se deja constancia de ese triunfo, que se celebró con mucho repique de campanas y de noche grandes festejos y luminarias.

El elogio de Lope de Vega

Poco después llegó a la capital del Virreinato una obra que hubo de encandilar a los limeños: el laudatorio poema *Laurel de Apolo* (Madrid 1630) del portentoso Lope de Vega Carpio, suma y compendio de los autores españoles, cuyas poesías y comedias se seguían ávidamente en el Virreinato del Perú. Lope ya había tenido el poético intercambio epistolar, que se imprimió en *La Filomena*, con la elusiva "Amarilis indiana", la misteriosa huanuqueña cuyo nombre hasta ahora no se ha podido descubrir. Su amistad con Virreyes y peruleros; su epístola de *La Circe* al médico de Esquilache el Doctor Matías de Porras, donde habla de Lima "tierra extraña"; y su capacidad extraordinaria para percibir noticias y para imaginar estampas de la vida peruana lo hacían un personaje, no sólo ilustre, sino familiar para el Perú. En los versos en silva de su *Laurel de Apolo* y entre trescientos nombres de poetas contemporáneos, escribió alabanzas hiperbólicas de sus dos amigos y Virreyes-poetas, Juan de Mendoza y Luna Marqués de Monteclaros y Francisco de Borja y Aragón Príncipe de Esquilache, recordó a "Amarilis" a quien hace aparecer erróneamente en Bogotá, mencionó al médico Matías de Porras, al Oidor y jurista Juan de Solórzano Peryra, al también Oidor Gabriel Gómez de Sanabria, a Juan Rodríguez de León, hermano del notable Antonio de León Pinelo, a Cristóbal de la O, "letra perfecta". Y encabezando la lista, junto con Pedro de Oña, a nadie menos que fray Lucas de Mendoza.

Los versos dedicados a él dicen así:

Las Indias, en ingenios mundo nuevo,
que en ellas puso más cuidado Febo
que en el oro que cría;
testigo la sagrada teología

con que fray Lucas de Mendoza honora
 el púlpito, por quien la blanca aurora
 viene de España con más presto paso
 a despertar las sombras del ocaso;
 y Apolo, de mirar que en verso admira,
 mas ¿qué se admira, si le dio su lira?

(silva II, versos 90-99)

Se ve que Lope de Vega, dentro de lo convencional de sus elogios se hallaba bien informado. De un lado la lira de Apolo y de otro la Teología y la oratoria sagrada, que, muy católicamente, considera que van a quitar las sombras de la gentilidad con la "aurora", o la luz, de Evangelio. Lo que no se conoce es quién pudo haber sido su informante. En los elogios semejantes de Miguel de Cervantes a poetas nacidos o vecindados en el Perú, en el "Canto de Calíope" de su novela pastoril *La Galatea*, se ha podido conjeturar que las noticias se las proporcionó su amigo Pedro Montes de Oca o Montesdoca. Pero en el caso de Lope es casi imposible averiguarlo, porque además se sabe que los casi siete mil versos de su *Laurel de Apolo* los fue escribiendo desde varios años antes de su publicación.

Los últimos años

Entre tanto, fray Lucas de Mendoza seguía vinculado al ambiente literario de Lima. El 20 de febrero de 1632 aparece firmando una aprobación de las barrocas *Fiestas que celebró la ciudad de los Reyes del Piru al nacimiento del Serenísimo Príncipe D. Baltasar Carlos de Austria* (Lima 1632), del antequerano Capitán Rodrigo de Carvajal y Robles. El 11 de mayo de 1633 aprobó también la meritisima *Corónica moralizada* del agustino Antonio de la Calancha, su compañero de Orden, y allí figura el Padre Mendoza como "Doctor graduado por la Universidad Real de Lima, catedrático de Sagrada Escritura en ella y Calificador del Santo Oficio".

En 1634, al cumplirse los cuatro años acostumbrados, vacó la cátedra de Escritura y fray Lucas de Mendoza volvió a buscarla. Su opositor fue esta vez el mercedario fray Luis de Vera. El Padre Mendoza, que ya el 21 de julio de 1633 había sido elegido Provincial de la Orden de San Agustín en el Perú por 56 votos, "de sesenta que heran por todos", triunfó en la competencia no sin algunas discusiones. Pero no se dio por satisfecho. Pidió al monarca que se le perpetuase en dicha cátedra, que "en su fundación fue perpetua y lo es en todas las Universidades", como recuerda Eguiguren.

Un terrible accidente desbarató todos sus planes. En el servicio de su Orden acudió a visitar la "Provincia de arriba", es decir de los Charcas. "Caminando azia Potosí, en una ladera —iba a contar después dolidamente fray Bernardo de Torres, que lo trató con gran afecto y con asiduidad por muchos años—, dio sin tiempo una sofrenada a su mula; era blanda de boca, sentóse, y cayendo de lado le cogió debaxo una piera y se la hizo pedazos" (*Crónica*, Libro III, cap. XVI). Los dolores fueron tremendos y la impericia de quienes lo atendieron le hicieron pasar meses con penosos martirios, que se le complicaron con graves dolencias. Al fin se le bajó a Lima, pero ya en un estado general lamentable.

Según la *Relación diaria de lo sucedido en la ciudad de Lima*, más conocida como *Diario de Lima*, de Juan Antonio Suardo (Ed. Lima 1936, T. II, p. 134), el 12 de julio de 1636 "se hallaba muy fatigado y mortal". El día siguiente los médicos, ya impotentes, "le hicieron sacramentar". El 15, "cerca de la media noche —el Padre Torres dice el 16— murió el Provincial de San Agustín, el maestro Dr. Lucas de Mendoza".

Así terminó la vida de este poeta y teólogo paraguayo, "hombre criado en la quieta especulación de los libros y de las ciencias", sagaz administrador de sus conventos, "gloria de su Patria, de su Religión, del Reino todo", como dice con frases entusiastas el cronista fray Bernardo de Torres.